

- **Autor/es** Carlos Sanz Mínguez, Juan José Moral Daza
  
- **Título** «Cazadores-recolectores y pastores en Pico Redondo. Llano de San Pedro, Peñafiel (Valladolid)»
  
- **N.º de *Vaccea Anuario*** 12
  
- **Año** 2019
  
- **Páginas** 14-30
  
- **ISSN** 2659-7179
  
- **URL** <https://pintiavaccea.es/download.php?file=561.pdf>



# VACCEA 2018

## ANUARIO



Universidad de Valladolid Facultad de Filosofía y Letras  
Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg

Núm. 12, octubre 2019

[www.pintiavaccea.es](http://www.pintiavaccea.es)

5 €

### PINTIA CAMPAÑA XXIX

EXCAVACIONES EN LAS RUEDAS

### LAS MONEDAS QUE USARON Y ATESORARON LOS VACCEOS

### TURMOGOS

NUESTROS ANCESTROS

### PÁRAMO CIUDAD

UN *OPPIDUM* DE LOS TURMOGOS

### TORDEHUMOS

CIUDADES VACCEAS

### UNA NUEVA PLACA LERILLA

EL GRANIZO, QUINTANILLA  
DE ARRIBA

### CAZADORES-RECOLECTORES Y PASTORES EN PICO REDONDO



# RIBERA DEL DUERO

**EDITA**

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg  
de la Universidad de Valladolid

**DIRECTOR**

Carlos Sanz Mínguez (C.S.M.)

**COLABORADORES**

Juan Francisco Blanco García (J.F.B.G.)  
Juan Manuel Carrascal Arranz (J.M.C.A.)  
Elvira Rodríguez Gutiérrez (E.R.G.)  
Luis Alfonso Sanz Díez (L.A.S.D.)  
Roberto Sendino Gallego (R.S.G.)  
Belinda García Barba (B.G.B.)

**ILUSTRACIONES**

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg  
y autores de los trabajos respectivos, salvo indicación  
expresa

**DISEÑO**

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg

**MAQUETACIÓN**

Eva Laguna Escudero-CEVFW

**PORTADA**

Chozo de pastor en el Llano de San Pedro, Peñafiel

**REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y PUBLICIDAD**

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg  
y Asociación Cultural Pintia

**IMPRESIÓN**

Gráficas Benlis. Valladolid

**DEPÓSITO LEGAL:** DL VA 523-2017

**Edición impresa**

ISSN 2659-7179

**Edición en línea**

ISSN 2659-7187



06

pág.

06 **Excavaciones en Pintia.** Campaña XXIX de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafiel)

14 **Cazadores-recolectores y pastores en Pico Redondo.**

32 **Una nueva placa Lerilla procedente de El Granizo.**

38 ***Pintia*, proyecto docente**



14



68



32

42 **Premios Vaccea 2018. 6.ª edición.**

52 **Nuestros ancestros.** Turmogos

60 **Páramo Ciudad.** Un *oppidum* de los turmogos

68 **Las monedas que usaron y atesoraron los vacceos**

78 **Ciudades vacceas.** Tordehumos

84 **Estudio arqueométrico de materiales vítreos de *Pintia*.**

91 **La otra mirada**

92 **Noticiero vacceo**

98 **Humor Sansón**



84



42

## PROYECTO PINTIA

### Equipo de investigación 2018

#### Director

Carlos Sanz Mínguez, profesor titular de Prehistoria, Universidad de Valladolid

#### Codirectora de la excavación arqueológica

Elvira Rodríguez Gutiérrez

#### Coordinadora

María Luisa García Mínguez, presidenta de la Asociación Cultural Pintia

#### Diseño de las exposiciones

Ignacio Represa Bermejo

#### Personal contratado

Eva Laguna Escudero  
Alicia Vaca Alonso  
Ángela Sanz García

#### Colaboradores

M.ª Mercedes Barbosa Cachorro  
Juan Francisco Pastor Vázquez  
Félix Jesús de Paz Fernández  
Carmelo Prieto Colorado  
Joaquín Adiego Rodríguez  
José Carlos Coria Noguera  
Luis Pascual Repiso  
Juan Manuel Carrascal Arranz  
Asociación Cultural Pintia  
Voluntariado pintiano

#### Alumnos participantes en la campaña de excavación XXIX

Mario Calvo Castaño  
Rebeca Delacruz  
Zoe Graveline  
Sara Jayne Berumen  
Ester García García  
Guillermo García Alcalá

# CAZADORES-RECOLLECTORES PASTORES EN PICO REDONDO

## Llano de San Pedro, Peñafiel (Valladolid)



**P**ico Redondo se localiza en una lengua de terreno en la vertiente norte del Llano de San Pedro de Peñafiel, una elevación, excavada y delimitada por los valles de los ríos Botijas y Duero, con una altura media de 882 m sobre el nivel del mar, que alcanza en El Torruelo y La Calvacha, con 912 m, sus relieves más destacados.

Esta verdadera península situada en el medio de un teatro abierto al valle del Duero, posee una superficie amesetada de unas 2,2 ha de extensión, con 350 m de longitud en su eje norte/sur y 80 m de anchura en el eje este/oeste; la mayor parte de esta plataforma está delimitada por varios lienzos de piedra en seco que acotan grandes espacios interiores, entre los cuales se observan algunos chozos y una gran estructura cuadrangular. El lugar fue labrado du-

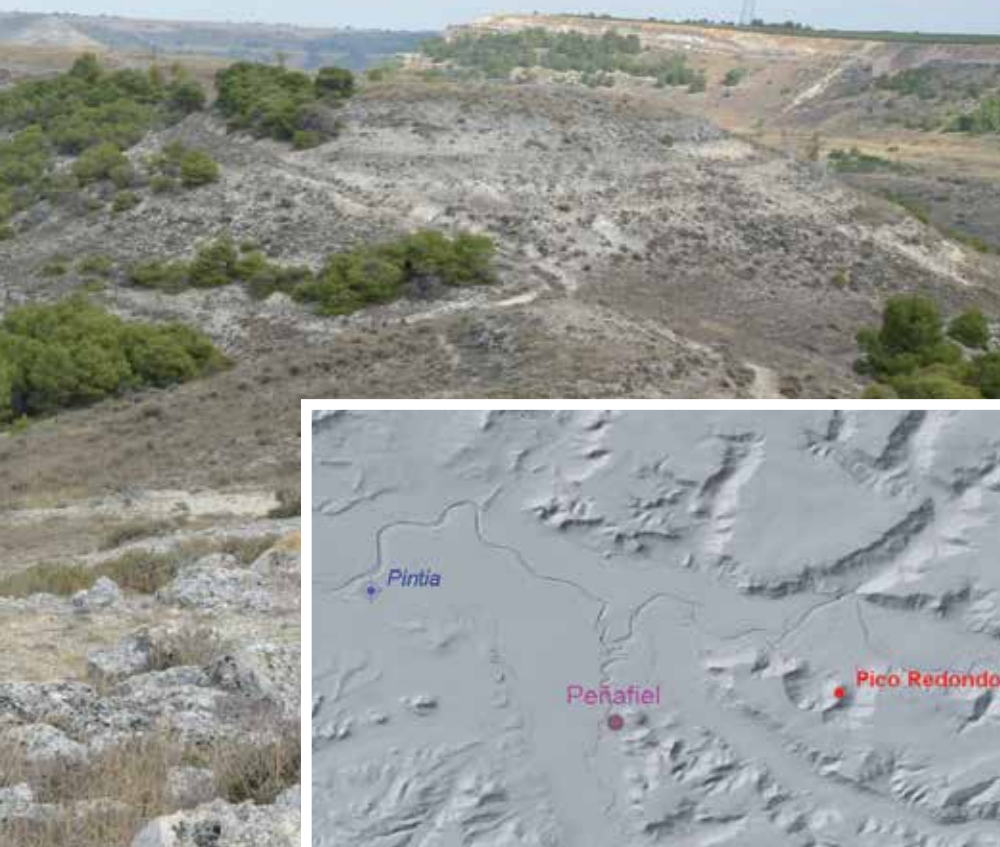
rante algún tiempo y en la actualidad permanece en baldío.

Uno de nosotros había documentado ya fotográficamente en los años ochenta del siglo pasado buena parte de los corrales y chozos que se conservan en el Llano de San Pedro y zonas aledañas. Pero Pico Redondo escapa a la norma y, a sus excepcionales estructuras pastoriles, viene a sumar el hallazgo, en una parte muy concreta de su superficie, de industrias paleolíticas correspondientes a poblaciones cazadoras-recolectoras. Ofrece este singular espacio, pues, dos visiones casi opuestas de la vida: la de la *civilización del ocio* y la del *trabajo*; la primera, no productora de alimentos pero conocedora de los recursos que le ofrece la naturaleza a lo largo del ciclo anual; la segunda sujeta a la producción y sometida a la esclavitud

de una despensa viva que obliga al cuidado diario. Dos formas de enfrentar la vida y la supervivencia de las que fue testigo y a las que sirvió, en momentos inconexos y alejados en el tiempo, el singular emplazamiento de Pico Redondo.

Comenzaremos, como es lógico, por el principio, cuando el hombre oteaba desde este mirador el paisaje boscoso de meandros del Duero y observaba las manadas de herbívoros —entre los que no faltarían los más grandes, como el *Elephas antiquus*, del que un colmillo fue hallado en Torre de Peñafiel— acercarse a los abrevaderos naturales para saciar su sed; un paisaje donde campos de cultivos o prados modelados por el hombre no tenían cabida, puesto que los inventos del Neolítico estaban todavía muy lejos tan siquiera de ser imaginados.

# CAZADORES RECOLECTORES Y PASTORES EN PICO REDONDO



## Industrias paleolíticas en Pico Redondo: el hombre en la naturaleza

Durante el Paleolítico las industrias líticas talladas constituyeron, junto con los objetos de hueso y asta o madera, los implementos básicos para la supervivencia. Por razones de consistencia son aquellas las evidencias más perdurables y que, no sin dificultades, han llegado hasta nosotros. Entre esas dificultades nos referimos al hecho de que no es fácil encontrar industrias líticas del Pleistoceno en posición original. La diferencia de cota entre la culminación de los páramos y el fondo del valle acusa en este sector unos ciento sesenta metros, desnivel que es el resultado de la excavación del valle en los diversos periodos interglaciares, cuando la capacidad erosiva del caudal disponible resultaba mayor, conformando las di-

ferentes terrazas hasta encajarse en los tiempos modernos en su cauce actual, modificando y desplazando los diversos testimonios de ocupación humana en dicho proceso.

No ocurre lo mismo para aquellas colecciones líticas encontradas en la parte culminante de los páramos, en este caso a una cota de 870 m sobre el nivel del mar, acreedores de una ubicación original no afectada por el proceso señalado.

El lote de materiales líticos de Pico Redondo, recogido en los años ochenta del siglo pasado, procede del área septentrional del cerro. Revisitado recientemente el lugar, lo primero que nos llamó la atención fue la presencia, en una reducida área que no supera los mil metros cuadrados, de pequeños nódulos de cantos rodados cuarcíticos de color anaranjado-granate, algunos con

ciertas extracciones o roturas, así como, en menor cantidad, la presencia de lascas e incluso algún pequeño útil. Tales objetos fueron sin duda transportados desde las terrazas inferiores del río Duero y seleccionadas por su tamaño y color a juzgar por la homogeneidad de sus características. La colección lítica (véase figura correspondiente) incluye lascas y algunos útiles entre los que destacamos algunas raederas (2, 3 y 5), un raspador (1), un dudoso buril o cuchillo de dorso natural (10) y otro pseudoburil Siret o accidente de talla (6), muescas (8, 12 y 13), un denticulado (9), algunas posibles puntas (18 y 19) y dos lascas de técnica Levallois (15 y 16). Finalmente, también se documenta una laminita de silcreto micénico presente en la submeseta Norte (17). Buena parte de estos útiles corresponden a extracciones de primer orden, con presencia de planos corticales o de corteza. De todas estas piezas llama poderosamente la atención su alto grado de eolización, con un lustre resultante de haber permanecido decenas de miles de años en superficie sometidas a los agentes erosivos, excepción hecha de la lámina en la que esta pátina se encuentra ausente.

Estas colecciones ofrecen al menos un doble interés: determinar la época de ocupación humana en esta zona del valle del Duero e incrementar la información sobre las estrategias puestas en práctica por estas comunidades para su subsistencia.

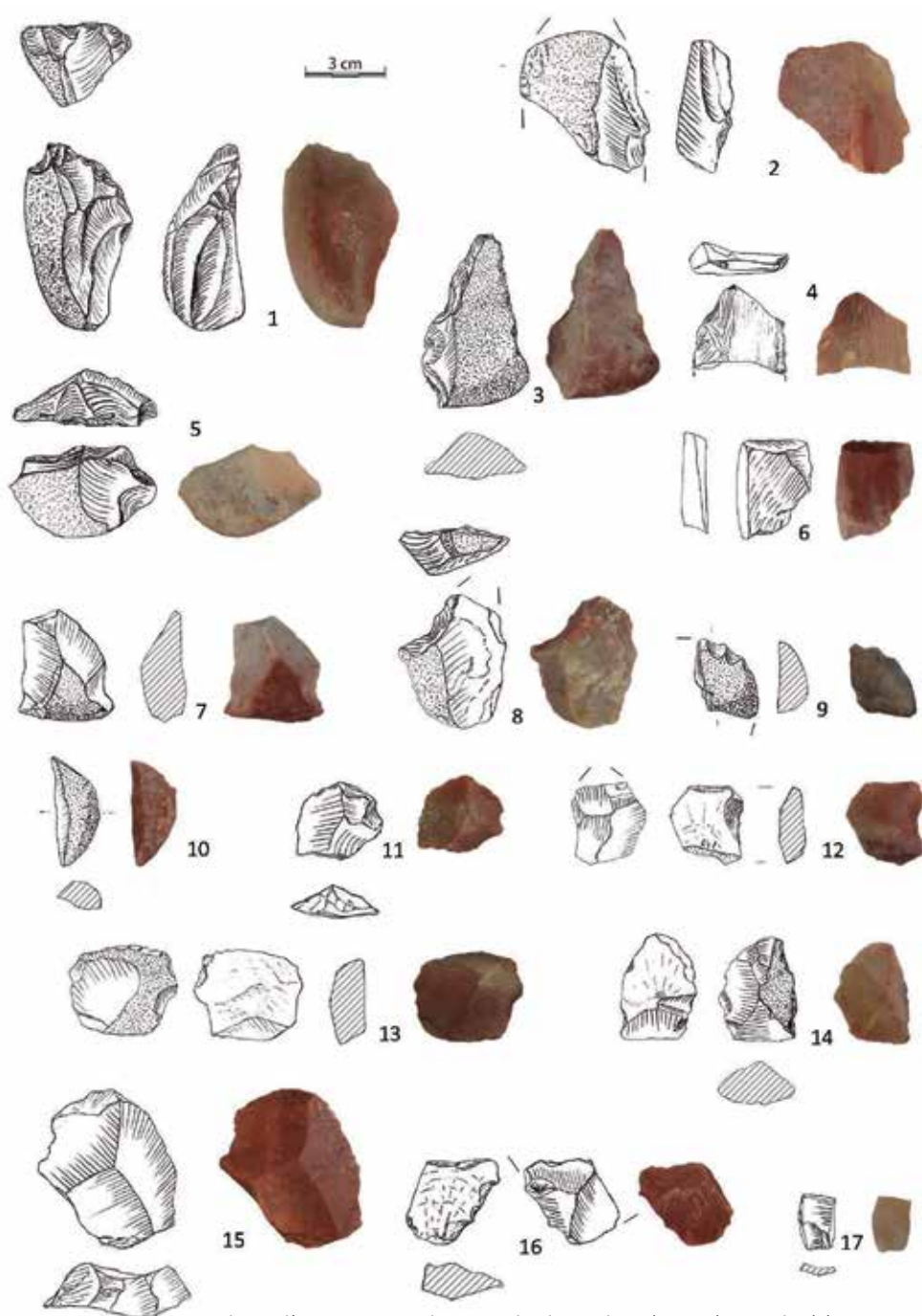
En relación al primer punto, la ausencia de macroútiles del tipo bifaz pudiera ofrecernos una fecha *post quem* para estas colecciones: si el estadio final de las industrias achelenses tardías se ha llevado hasta el inicio del Pleistoceno Superior, esto es, unos 130.000 años, las colecciones líticas de Pico Redondo habrían de situarse a partir de ese momento. Su caracterización como una industria sobre lasca en la que se mezclan raederas, raspadores, denticulados, escotaduras (¿y algún buril?), pero también hace presencia la talla Levallois (preparación del núcleo para extraer lascas de forma predeterminada, lo que representa un avanzado desarrollo tecnológico y una mayor optimización de la materia prima), podrían situar a estas colecciones dentro del Paleolítico Medio o Musteriense, modo 3 de Clark, asociado al hombre de Neandertal, con un límite moderno en torno a 40.000 años, momento en que daría comienzo el modo 4 de

útiles sobre lámina (extracciones más ordenadas en soportes con dos bordes paralelos) característico del Paleolítico Superior y del hombre moderno, cuyas manifestaciones resultan tan esquivas por ahora en el valle del Duero. Nuestra pequeña lámina bien podría corresponder a esta etapa. Se hace necesario ser cautos ya que “un garbanzo no hace cocido” y es necesario considerar que estos yacimientos suelen ser verdaderos palimpsestos y, en definitiva, que no nos es posible distinguir todas y cada uno de las diferentes frecuentaciones del lugar que se sucedieron a lo largo del tiempo, con lo que esta pieza bien podría corresponder a momentos de la Prehistoria reciente, como por ejemplo el Neolítico.

En cuanto al segundo aspecto señalado, la localización sobre Pico Redondo de un *asentamiento* del Paleolítico Medio no puede ser adecuadamente valorada por cuanto su hallazgo ha sido resultado de la fortuna y no de una prospección y estudios sistemáticos.

Los útiles expresan las funciones desarrolladas en esos enclaves, al tiempo que la mayor o menor intensidad de evidencias, combinada con otros factores ambientales, podría hablarnos, bien de asentamientos *referenciales* o campamentos, bien de asentamientos *complementarios* o vivacs. Se impone pues ofrecer un contexto a estos hallazgos antes de conclusión alguna al respecto, lo que exigiría un programa de prospecciones amplio para este sector del páramo.

Afortunadamente contamos con otras colecciones líticas de los modos 2 y 3 en ubicaciones similares y próximas que no hacen de este hallazgo algo aislado. Nos referimos a los trabajos de prospección desarrollados en los años ochenta del siglo pasado, en la elaboración del Inventario Provincial, por Manuel Moratinos y su equipo, que definieron este tipo de asentamientos característicos de las culminaciones de los páramos en el sureste de la provincia de Valladolid, en la margen izquierda del Duero, pero sobre todo a partir de los trabajos más extensos y recientes de Fernando Díez. Destaca este autor (Díez Martín, 1996: 76), siguiendo a Moratinos, cómo estos lugares muestran unas características interesantes y poco habituales, al situarse unos ciento cincuenta metros sobre el fondo del valle y tener, por tanto, las colecciones líticas un carácter primario, afectado solo parcialmente por el laboreo agrícola, bien dife-



Industria lítica en cuarcita de Pico Redondo: raederas (2, 3 y 5), raspador (1), buril o cuchillo de dorso natural (?) (10), pseudoburil Siret (6), muescas (8, 12 y 13), denticulado (9), levallois (15 y 16), lascas (4, 7, 11 y 14) y laminita (17).

rente de los desplazamientos señalados para los hallazgos en las vertientes o diversas terrazas de los valles; otro dato peculiar es la utilización mayoritaria de cuarcitas como materia prima, elemento ausente en las culminaciones pontienses de estos páramos calizos y que por tanto habría de ser necesariamente traído de los fondos de los valles; su localización, por último, parece responder a un criterio reiterativo: áreas recordadas, próximas a arroyos o regatos que bajan desde la paramera hacia el Duero, con un dominio visual que permite cierto control del paisaje y los recursos.



Nódulos cuarcíticos de color rojizo recogidos en el extremo norte de Cerro Redondo.

F. Díez Martín ha estudiado la ocupación paleolítica de la extensa paramera de Montemayor-Corcós a 900

m sobre el nivel del mar, con asentamientos tan próximos a Pico Redondo como el de Valdegallaras, en Quintanilla de Arriba o, en el extremo contrario, próximo al Riaza, los de Mesamediana o La Hoyada. El hallazgo de Pico Redondo constituye un punto intermedio entre ambas áreas, dando continuidad poblacional, como parece lógico, al paisaje del centro del valle del Duero, por su margen izquierda, del que sería representativa la asociación valle-cuesta-páramo como caracterizadora de la estrategia territorial utilizada por los grupos humanos del Paleolítico antiguo (Díez Martín, 2000: 480).

## De cazadores-recolectores a pastores de la Mesta

Muy cerca de nuestro estratégico enclave, siete kilómetros al sur en línea recta, en el contiguo valle del Duratón, el asentamiento de La Cañadilla, en Torre de Peñafiel (Martín Montes y Pérez Rodríguez, 1997), representa un cambio de ciclo radical, una verdadera revolución, la neolítica, un viaje sin retorno. El colmillo de *Elephas antiquus* aquí hallado —recogido como una curiosidad o reliquia por los propios habitantes neolíticos de este asentamiento— constituye toda una alegoría de los pretéritos tiempos glaciares y otras formas de relación con la naturaleza dejadas atrás. Frente al modo de vida basado en la recolección y la caza precedente, asistimos a la extensión de un modo dependiente y productivo llegado desde el Creciente Fértil en el Próximo Oriente, que dará paso, con nuevas especies vegetales y animales introducidas en la península Ibérica, a un sistema de producción de alimentos basado en la agricultura y la ganadería, con el nacimiento del “trabajo” propiamente dicho. A partir de entonces (VI milenio a. C.) la naturaleza se convierte en paisaje, acotado y transformado por la actividad del hombre. No sería extraño encontrar en estos páramos, entre chozos, corrales y majanos, el correspondiente sepulcro megalítico del asentamiento de La Cañadilla, construcciones que representan la primera monumentalización del paisaje a cargo del hombre y que, a modo de hitos, se ha señalado que constituirían una marca de propie-

dad, apelando a los antepasados, sobre las tierras más óptimas para la producción de alimentos.

La intensificación productiva y la llamada por Sherrat «revolución de los productos secundarios» (los animales considerados ya no exclusivamente como despensa de proteína cárnica, sino también por sus productos derivados como la leche, la lana, el abono, la fuerza motriz, etc.) constituirá un paso más en la transformación del paisaje, con la emergencia de los conflictos armados y la necesidad de resguardar los stocks detrás de sólidas murallas, como la calcolítica recientemente documentada en el Pico de la Mora de Peñafiel (Villalobos y Rodríguez, 2018).

Los datos palinológicos obtenidos en las excavaciones del cercano asentamiento en altura de El Castillo de Rábano, ya en el Bronce Medio, nos sugieren el avance transformador sobre este paisaje de la Ribera, con deforestación y aumento de las gramíneas, es decir, prácticas con inversión de trabajo y rendimiento diferido dentro de ciclos largos agroforestales que modifican el espacio y que habrían configurado pastizales apropiados para la cabaña ganadera (López y Rodríguez, 2006-2007: 88). La proliferación de estos asentamientos en la propia Padilla de Duero o en el cerro del Gurugú en Bocos de Duero, frente a Pico Redondo al otro lado del río, sugiere el avance de este modelo de aprovechamiento territorial.

Desde entonces, agricultura y ganadería, pese a los conflictos históricamente desencadenados entre ellos, irán de la mano en las trasterminancias

y trashumancias, aprovechando las rastrojeras y los barbechos de los campos de cultivos a cambio del abono proporcionado por los animales.

En los albores de la Historia la importancia de la ganadería ovina vaccea queda acreditada tanto por las fuentes escritas —10.000 capas de lana o *saga* como tributo de guerra en el 151 a. C. en *Intercatia*— como especialmente por la arqueología: *pondera* o pesas de telas y fusayolas recuperadas en los poblados —en el de Las Quintanas de *Pintia* se ha podido documentar la presencia en sus orificios de hebras de lana (Juan y Matamala, 2003: 320)—, o agujas de coser, carretes de hilo y también fusayolas o contrapesos del huso de hilar en las tumbas femeninas de la necrópolis de *Pintia*, etc. De esta época y



Reconstrucción de un telar vertical de la ciudad de Las Quintanas de *Pintia*.

Fusayolas, carretes, *pondera* y agujas de coser procedentes de *Pintia*.





## Pastores en el Llano de San Pedro



Morillo con forma de carnero (fondo) y cajitas-saleros de carneros y bóvidos procedentes de *Pintia*.

cultura vaccea conviene llamar la atención sobre unas manufacturas de barro y cerámica que siguen los patrones de la talla de madera a punta de navaja o arte pastoril, con un característico trabajo de corte a bisel en 45º que ofrece un acabado de marcado contraste clarooscuro, con zigzags, estrellas de cuatro puntas, etc. Destacamos entre dichas producciones las cajitas zoomorfas, dotadas de cuatro patas y un asa, que en algunos casos remedan muy fidedignamente las cabezas de bóvidos, terneros o carneros en actitud de pacer (Sanz, Carrascal y Rodríguez, 2017). De la importancia de los moruecos da cuenta también la presencia del morillo recogido superficialmente en la ciudad de Las Quintanas, posiblemente en relación con hogares rituales de cultos gentilicios (Almagro y Lorrio, 2011). ¡Y cómo no mencionar las habituales ofrendas de lechazos que acompañan a algunas tumbas de incineración en la necrópolis vaccea de Las Ruedas, como por ejemplo el cuarto trasero derecho aparecido en la tumba 84, junto a una crátera, un *cyathus* con vino y dos de dichos saleros-especieros excisos! (Sanz, Romero y Górriz, 2010: 602).

La lana de la que se hicieran estas manufacturas textiles vacceas probablemente fuera producto de la antigua especie indígena ibérica con capa rojiza turdetana y que ya en época romana se iría mejorando mediante la introducción de carneros africanos (Klein, 1981: 20), según recoge la obra clásica de Columena (*De Re Rustica*, XII, VII, 2, 4).

La existencia de cañadas destinadas al ganado trashumante durante la etapa visigoda, con leyes para facilitar el paso del ganado, al tiempo que el establecimiento de puniciones para

aquellos rebaños que invadieran terrenos de cultivo, queda clara para el autor de *La Mesta*, J. Klein (1981 : 21, 32), en el Fuero Juzgo. Igualmente, la existencia de asambleas locales para el reparto de los animales desmandados se remonta a esta época (Klein, 1981: 25). Las pizarras Lerilla que conocemos en el próximo lugar de El Granizo, en Quintanilla de Arriba, podrían ser testimonio de una contabilidad que impone ciertos gravámenes al transitar o pasar por algunos lugares o cañadas.

La creación del Honrado Concejo de la Mesta por Alfonso X el Sabio en 1273 representó la consolidación de una actividad pecuaria en alza que encontraría mayores apoyos aun con los Reyes Católicos. Paulatinamente el ganado churro sería sustituido por el merino con la introducción de carneros africanos y el estudio y usos de las prácticas pastoriles bereberes mejoraría la cabaña destinada a la producción de lana (Klein, 1981: 20).

Si bien es cierto que los inicios de la decadencia de la Mesta comienzan de forma temprana con el reinado de Felipe II, su mantenimiento hasta el siglo XIX conformaría un paisaje y una cultura imprescindible para entender la España moderna. Tras la desamortización y la expansión agrícola (sobre todo de la mano de la concentración parcelaria), ese patrimonio pastoril, que puso en contacto secularmente los extremos del solar ibérico, comenzó una agonía silenciosa: «... se muere como agoniza todo lo manso y lo bueno: lentamente, lentamente, resignado y en silencio...», en palabras del poeta mirobrigense Alejo Hernández, refiriéndose a algunas de sus manifestaciones como la figura del tamborilero (Cid, 2013: 25).

Pero antes de la decadencia definitiva de la ganadería trashumante o trasterminante, todo en el Llano de San Pedro, y por ende en Pico Redondo, apunta una intensa actividad pastoril: la densidad de corrales y chozos existente, el nombre del regato Tamboril a los pies de esta elevación, la presencia de la cañada Merinera o Bermeja que, proveniente de Peñafiel y tras cruzar el río Botijas alcanza, por el pico de Santa María, el Llano de San Pedro para disecionarlo, o la toponimia: camino de Carrobejas, El Borro (nombre que designa también al borrego), etc., vienen a expresar dicha realidad. Sin olvidar el propio topónimo de San Pedro: patrono de los pastores, de enorme significación para este oficio ya que entre el 24 de junio (festividad de San Juan) y el 29 de junio (festividad de San Pedro), dejado atrás ya el esquila del ganado lanar, se concertaban en el seno de las mestas locales los contratos anuales (Klein, 1981: 24), lo que daba pie a la consiguiente celebración festiva.

Pico Redondo constituye, pues, parte de esta planicie situada entre el Duero y el Botijas, cuya inspección superficial en su conjunto hemos realizado para poder comprender el contexto preciso de las estructuras constructivas existentes en relación con la tradicional actividad de pastoreo. El límite impuesto a este estudio ha venido determinado en el Llano de San Pedro por el propio término municipal de Peñafiel en la parte oriental de aquel, comprendiendo un espacio global de unas 620 ha. El visor SIGPAC y las imágenes de los distintos vuelos disponibles en la página web del Instituto Geográfico Nacional (en particular los referidos al vuelo americano de 1956-57) nos ha permitido documentar las estructuras conservadas, así como obtener medidas y superficies que luego han sido refrendadas sobre el terreno. De gran utilidad ha resultado poder contar con imágenes de los años ochenta del siglo pasado realizadas por uno de nosotros, que permiten en unos casos valorar el nivel de deterioro de estas construcciones, en otros documentar estructuras ya desaparecidas.

Trataremos, en primer lugar, del entramado de chozos, majadas, corrales, cañadas, etc. documentado en el Llano de San Pedro, dentro de los actuales límites municipales de Peñafiel.

### Cañadas

Es bien sabido que la red principal de vías pecuarias estaba constituida por las llamadas cañadas reales que, por el privilegio real otorgado por Alfonso X a la Mesta, en 1273, limitaba la anchura de la misma a seis sogas de cuarenta y cinco palmos, o sea, unas noventa varas o 250 pies, es decir, unos 75 metros. Existían además otras vías y enlaces menores, llamados cordeles y veredas que, en el siglo XVIII, medían la mitad y la cuarta parte de la anchura de las cañadas reales (Klein, 1981: 33).

Dichos viales conformaban tres grandes sistemas de comunicación pecuaria: la del Oeste o Leonesa, la Central o Segoviana y la del Este o Manchega. En la actual provincia de Valladolid existían además otras cañadas reales, como la Soriana, que desde Medina del Campo alcanzaba Peñafiel (Sanz Rubiales, 1996: 100).

En ocasiones, seguir el trazado de estas cañadas no es tarea sencilla, ya que buena parte de ellas se hacían explícitas por oposición a los terrenos cultivados, pero en los terrenos incultos no había acotación alguna. «En un sentido estrictamente legal, la cañada era el paso entre zonas cultivadas: huertos, viñedos o labrantíos» (Klein, 1981: 32).

La cañada o cañadas que atravesaban Peñafiel venían, una por el sur desde el convento de Oreja en Langayo —cañada Bermeja—, y la otra por el norte desde Quintanilla de Arriba y Padilla de Duero —cañada Merinera—. Ambas se juntaban al paso del puente sobre el Duratón, para proseguir bordeando la falda septentrional del castillo y, después de atravesar el Botijas por el recoleto y hermosísimo puente medieval, afrontar la subida al Llano de San Pedro por su extremo noroccidental o pico de Santa María. Una vez arriba, la cañada Bermeja cruza por el medio El Llano, con una deriva hacia el norte, por los corrales de San Pedro que, faldeando la cuesta baja hasta el Duero, alcanza el despoblado de El Carrascal, en el gran meandro del río que tiene en su otra orilla situada la localidad de Bocos de Duero (¿hará referencia el término “boco” al lugar donde se herraban las ovejas?). Conviene destacar asimismo cómo desde el camino de Carrobejas se deriva un cordel que representa otro doblete de subida desde el valle del Botijas y enlaza con la cañada Bermeja.

### Chozos y majadas

Junto a las cañadas, cordeles y veredas y hacia el borde de los páramos, se desarrolló desde la Edad Media hasta el siglo XIX una humilde arquitectura constituida por chozos y corrales o corralizas levantados en piedra seca, donde se albergaba al ganado para pernoctar, testimonio de un paisaje trasterminante, que afecta en mayor medida a los macizos calcáreos de la cuenca sedimentaria del Duero: en el páramo de Corcos, en el Cerrato y La Churrería (Martínez y Valiente, 2001; Escribano *et al.*, 2008).

No somos los primeros en acercarnos a estas construcciones del Llano de San Pedro. Ya a principios de este siglo Martín Fandiño llamó la atención sobre este patrimonio en peligro de desaparición, indicando, desconocemos con qué argumentos, que los más antiguos son los de los pagos de La Pedrosa y Pico Redondo, que pudieran ser del siglo XIII (el resto los sitúa en los siglos XV-XVI) (Martín Fandiño, 2002: 5). Los corrales de Don Diego se ponen en relación con el personaje Don Diego de Mérida de principios del siglo XVII (Martín Fandiño, 2002: 4), si bien se identifican con El Borro estos corrales.

La ubicación de los chozos y corrales documentados queda señalada en la planimetría adjunta, incluyendo las superficies interiores de estos y se acompañan de unas breves descripciones. Una parte de ellos han desaparecido como consecuencia de la progresión de la agricultura en los páramos, así por ejemplo los de Carrobejas II, La Viñona II y El Morterón. En otros casos, como

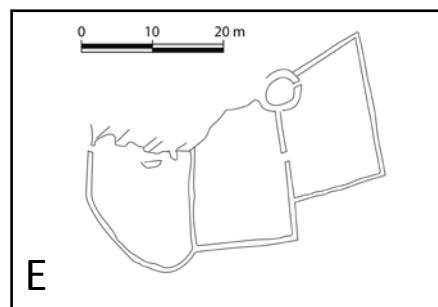
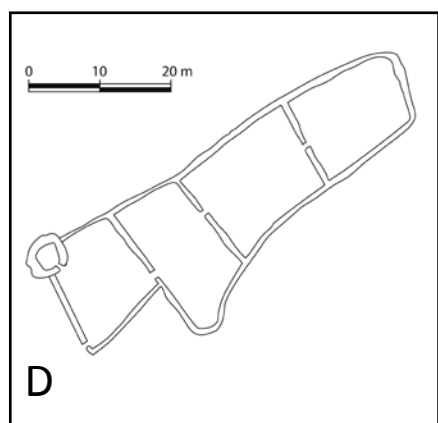
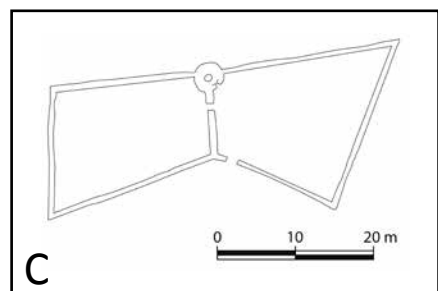
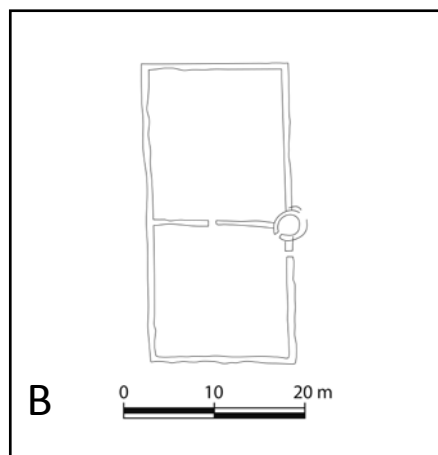
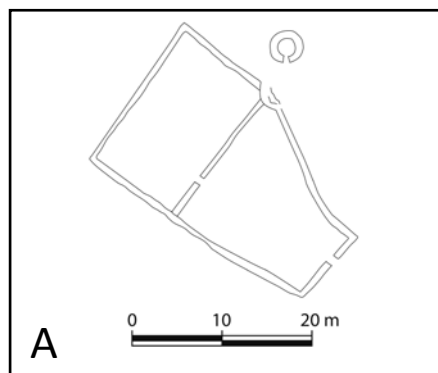
en San Pedro-norte hemos podido documentar la reciente destrucción del paredón de uno de sus corrales para extraer los abonados suelos de su interior. Por fortuna lugares como La Calvacha I, con uno de los conjuntos más señeros y de mayor tamaño, se ha podido conservar debido a la losa pétreo que aflora en toda su superficie y que en la práctica hace inviable su cultivo. El deterioro de otras estructuras resulta evidente de la comparación de las fotografías de los años ochenta del siglo pasado y su situación actual, algunos como La Arenosa convertidos en majanos como consecuencia de la acumulación actual de piedras.

Así pues, la prospección superficial del Llano de San Pedro en los años ochenta del siglo pasado y en la actualidad, así como la información del vuelo americano, nos ha permitido identificar quince localizaciones con evidencias diversas relativas al pastoreo: Carrobejas I (A), Carrobejas II (B), Don Diego (C), Los Majanales (D), La Viñona I (E), La Viñona II (F), El Morterón (G), La Arenosa (H), La Calvacha I (I) y La Calvacha II (J), La Calvacha III (K), Valdestremero I (L), Valdestremero II (M), Valdestremero III (N), Pico Redondo (O), San Pedro I (P) y San Pedro II (Q). A ellas sumamos otras tres reconocidas una vez cerrada la redacción de este trabajo.

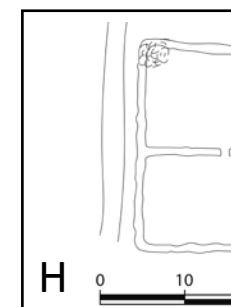
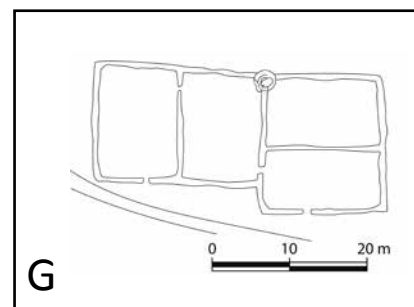
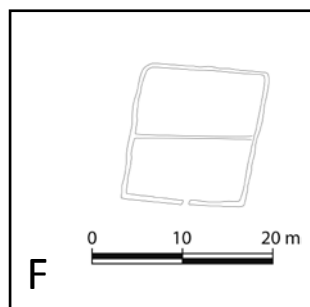
**A. Carrobejas I.** Localizado en la ladera sur del Llano de San Pedro, que da al río Botijas. Conserva un corral dividido en una zona rectangular y otra irregular adaptada a la orografía, con entrada situada al sureste. La construcción tiene

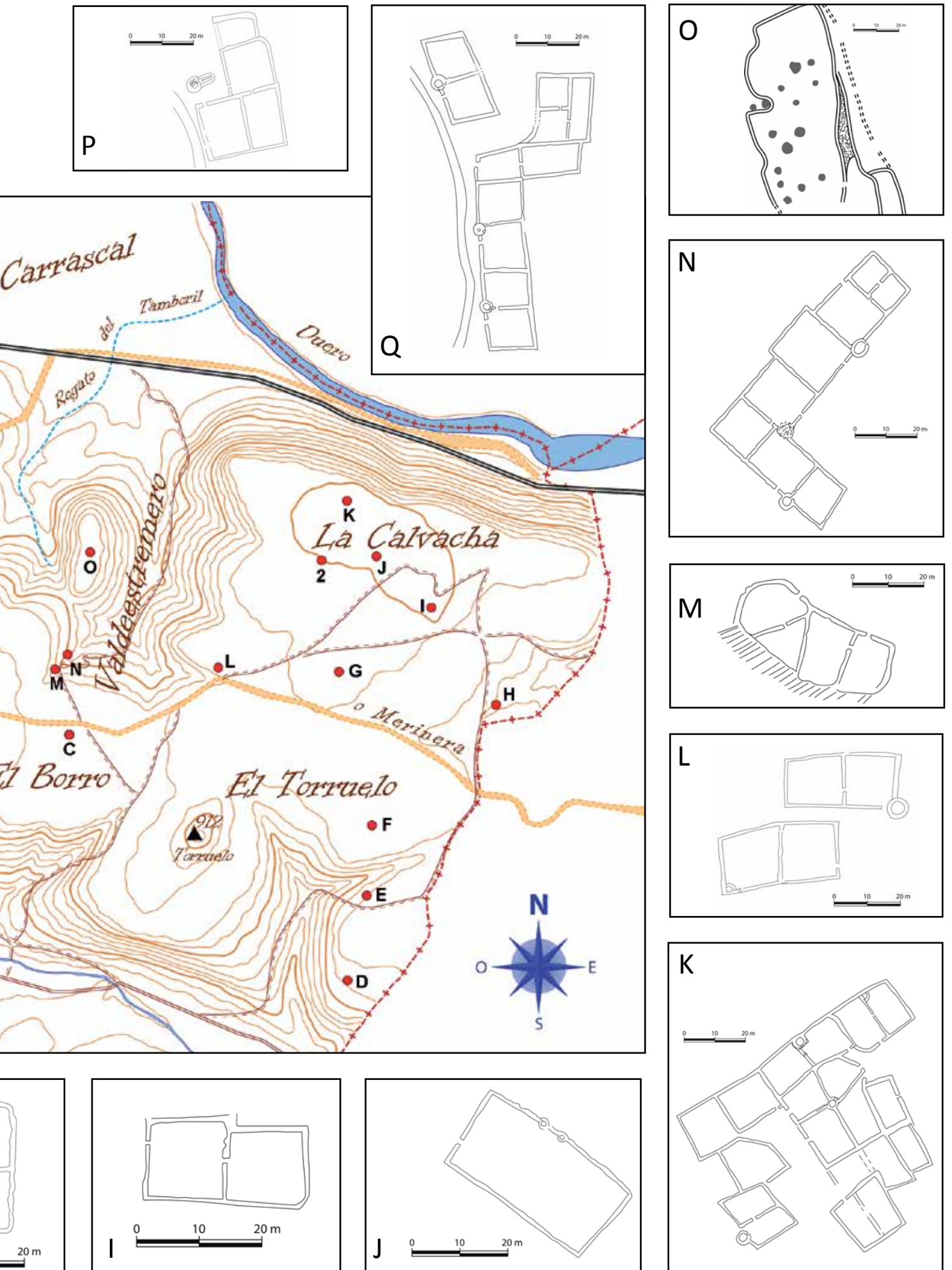
Chozos y corrales, ya desaparecidos, de Carrobejas II.





Llano de San Pedro, Peñafiel. Planimetría con localización de los majanos y chozos de pastor existentes y desaparecidos. Carrobejas I (A), Carrobejas II (B), Don Diego (C), Los Majanales (D), La Viñona I (E), La Viñona II (F), El Morterón (G), La Arenosa (H), La Calvacha I (I), La Calvacha II (J), La Calvacha III (K), Valdestremero I (L), Valdestremero II (M), Valdestremero III (N), Pico Redondo (O), San Pedro I (P) y San Pedro II (Q). Los puntos 1, 2 y 3 constituyen nuevas evidencias de chozos y majadas documentadas una vez cerrado el presente artículo.







Corrales y chozos de Don Diego, con detalles de su interior y cimera con cierre de losa redondeada, tal y como se conservaba en los años ochenta del siglo pasado.

buena factura, a base de sillares en las esquinas y entrada, siendo el resto de mampostería. Exento y por encima de él se localiza a tres metros una estructura circular de chozo medio arruinada ya; posee éste un diámetro interior de 2,40 m y una altura interior máxima de 1,80 m. Superficie interior del recinto: 342 m<sup>2</sup>.

**B. Carrobejas II.** Situado en el borde del Llano de San Pedro en línea recta norte-sur sobre el corral A. Muy desvirtuado, solo conserva una hilada de la pared sur y el chozo de pastor desaparecido. Contamos con una fotografía de principios de los ochenta del siglo pasado que nos permite comprobar que el chozo ya estaba arruinado. Las fotografías de los vuelos de los años 1956-57 y 1973-86 permiten observar el corral dividido en dos y calcular sus dimensiones. Superficie interior: 480 m<sup>2</sup>.

**C. Don Diego.** Situado en el medio del páramo, entre Valdestremero y el Torruelo, al borde del actual camino, al sur de la antigua cañada Bermeja. Corral dividido en dos, con estructura circular de chozo en el medio de la pared norte, muy bien conservado, que en el año 1980 mantenía en el exterior del techo una losa redondeada que servía para tapar el hueco y preservar al chozo de las inclemencias atmosféricas. El diámetro exterior es de 3,50 m, el grosor de muros unos 55 cm y la altura exterior 3,30 m. El corral oeste, muy bien conservado con sillares en las esquinas y buena mampostería, con una altura constante de 2,20 m, ha sido usado

para el ganado hasta finales del siglo XX. Del corral este se conserva bien la pared norte y parte de la este; la sur solo restos. Superficie interior total: 510 m<sup>2</sup>.

**D. Los Majanales.** Localizado en el borde del páramo al principio de una vaguada en el término conocido como Los Majanales, sobre el camino de Moratín. Conjunto de cuatro corrales con formas irregulares al adaptarse a las líneas de nivel de la vaguada. Paredes muy deterioradas, en algún tramo alcanza 1,30 m de altura. Conserva una estructura circular de chozo muy arruinada de unos 2 m de diámetro interior. Superficie interior total: 776 m<sup>2</sup>.

**E. La Viñona I.** Localizado en la ladera sur del páramo en el término de La Viñona. Consta de tres corrales alineados a la ladera, la pared norte de todos la constituye el farallón natural de piedra

caliza que en algunos puntos alcanza 2,60 m. Dos de los corrales, con el resto de tapias muy deterioradas, forman tres lados de un rectángulo y el tercero muy irregular, adaptado al terreno. En la pared norte se encuentra un chozo ruinoso, pero con hiladas hasta el orificio del techo, tiene 2,30 m de diámetro interior y una altura exterior máxima de 3,30 m. Superficie interior total: 534 m<sup>2</sup>.

**F. La Viñona II.** Dos corrales situados en el pago de La Viñona actualmente desaparecidos, en su lugar se halla un majano. Datos tomados de los vuelos americano de 1956-57 y de 1973-86. Superficie total: 187 m<sup>2</sup>.

**G. El Morterón.** Corrales situados en el pago de dicho nombre, al norte del Torruelo, al borde de un antiguo camino desaparecido debido a la concentración catastral. Desaparecidos al ser convertidos en terreno de cultivo. Cuatro corrales rectangulares con posible chozo en la pared norte. Dimensiones a partir del vuelo americano de 1956-56 y de 1973-86. Superficie total: 478 m<sup>2</sup>.

**H. La Arenosa.** Conjunto de dos corrales situados en el término de La Arenosa, junto al camino que transcurre de norte a sur. Muy deteriorado debido a que las paredes sirven de lugar para acumular las piedras de los cultivos que la circundan. En el extremo izquierdo al norte una acumulación de piedras podría ocultar los restos de un chozo. Superficie interior: 242 m<sup>2</sup>.

**I. La Calvacha I.** Conjunto de dos corrales en el extremo este de la plataforma de La Calvacha. Paredes deterioradas sobretudo en el paño norte; en el sur, tramos de 1,20 m de altura. A unos 45 m se encuentran los restos de una casa

Chozo y corrales de La Viñona I.



sin techo y con las paredes prácticamente completas, sin ventanas. Superficie interior total de los corrales: 357 m<sup>2</sup>.

**J. La Calvacha II.** Situada en lugar intermedio entre La Calvacha I y La Calvacha III. Corral muy extenso y deteriorado. Superficie interior: 530 m<sup>2</sup>.

**K. La Calvacha III.** Conjunto de diecisiete corrales dispuestos como si formaran una manzana de casas de una población, situados en una plataforma rocosa en la parte más alta del páramo, en el extremo noreste muy próximo a la ladera que mira al río Duero. Existen dos corrales dobles (A y B) en muy buen estado que se han usado hasta finales del siglo XX; el corral A con una altura de 1,80 m y el B de 1,70 m, los demás bastante deteriorados. En el corral A existe un chozo con estructura exterior cuadrada e interior circular, el lado del cuadrado de 4 m y el diámetro interior de 2,50 m, altura de las hiladas 1,60 m. En el corral suroeste hay un chozo de diámetro exterior 4,80 m e interior de 2,50 m, altura de las hiladas 1,10 m. En la parte central del conjunto otro chozo en la unión de cuatro corrales conserva hiladas con altura máxima de 1,20 m y diámetro interior de 2,70 m. Superficie interior total: 3.135 m<sup>2</sup>.

**L. Valdestremero I.** En la falda sur del valle, casi en el páramo, se encuentran dos corrales dobles, el situado al norte en mediano estado, con paños de una



Chozo y corrales de San Pedro-norte.

altura máxima de 1,60 m, y el del sur muy deteriorado, cuyos muros no rebasan el metro de altura. El corral norte conserva en el ángulo sureste restos de un chozo, con una altura máxima de 0,7 m y diámetro interior de 2,40 m. Superficie interior total: 967 m<sup>2</sup>.

**M. Valdestremero II.** Conjunto de cuatro corrales de planta irregular; la pared sur se formó aprovechando el corte de la capa caliza y el resto, con hiladas de

piedra, se encuentra bastante deteriorado. Superficie interior total: 562 m<sup>2</sup>.

**N. Valdestremero III.** Situado a unos 70 m del anterior en dirección norte, oculto por una plantación de pinos realizada a mediados del siglo XX. Siete corrales de planta rectangular con hiladas de piedra mal conservadas en general, excepto el segundo corral desde el norte, que conserva la puerta en ese lado; restos de una puerta de madera y altura de las paredes de 1,40 m, lo que indica un uso más reciente que el resto. Entre los dos corrales más al sur hay un chozo arruinado que mantiene hiladas con altura de 0,8 m, un diámetro exterior de 4,20 m e interior de 2,80 m. En la parte baja entre el corral segundo y tercero desde abajo se encuentra otro chozo en ruinas, que conserva una altura de 1 m, diámetro exterior de 3,50 m e interior de 2,20 m. Superficie interior total: 1528 m<sup>2</sup>.

**O. Pico Redondo.** Cerro amesetado con diferentes recintos, edificio cuadrangular y, en apariencia, numerosos chozos de pastor. Carece de corrales propiamente dichos, por lo que merece una especial atención en este trabajo.

**P. San Pedro I.** Situados en la cañada Bermeja distantes a 240 metros dirección sur de los anteriores. Cuatro corrales muy deteriorados, algunos tramos de tapia desaparecidos, la altura máxima en algún punto es de 1,10 m.

Chozo y corrales de Valdestremero III.



En el exterior hay una acumulación de piedras dispuestas en montículo circular sin aclarar la existencia de un posible chozo. Superficie interior total: 583 m<sup>2</sup>.

**Q. San Pedro II.** Once corrales, los dos más septentrionales muy bien conservados, usados hasta finales del siglo XX. Mantiene una altura regular de 2 m, con sillares en las esquinas y mampostería el resto. Recientemente en medio de la pared este se ha producido un derribo de unos cinco m; las huellas delatan una máquina potente provista de pala posiblemente para recoger parte de la tierra interior rica en abono orgánico. Conserva un chozo en ruinas, de 2,70 m de diámetro interior y altura máxima de 1,70 m. Otros cinco corrales situados en el centro se hallan muy deteriorados, algunos tramos con altura máxima de 1,10 m. Siguen cuatro corrales con dos chozos en medio de la tapia oeste de cada conjunto de dos; en el primer corral el chozo prácticamente completo, con un diámetro interior de 2,50 m, altura exterior de 3,80 m; el segundo chozo está muy arruinado con diámetro interior de 2,50 m y altura máxima conservada de 1,20 m. Las paredes de los corrales se encuentran muy arruinadas con altura máxima en algún punto de 1,50 m. Superficie interior total: 1.888 m<sup>2</sup>.

### Pico Redondo

Como ya indicamos, tratamos de manera independiente este lugar por sus características especiales, diferentes a las majadas o chozos descritos.

Lo primero que de él nos llama la atención es su carácter desgajado del Llano de San Pedro, un espacio en el que el tiempo parece se hubiera detenido, sensación a la que contribuye el hecho de que el camino que arrancaba de la cañada Real, y pasaba por delante de los corrales de Valdestremero II para luego alcanzar la falda suroeste de

Muros de contención de bancales en la zona oriental de las laderas de Pico Redondo.



Pico Redondo y morir en el que denominaremos primer recinto de la plataforma, se encuentre completamente abandonado y desdibujado su trazado. De la antigüedad de estas estructuras y su camino de acceso podría dar cuenta la ausencia de cualquier indicación del mismo en el mapa 1:25.000 del Instituto Geográfico y Estadístico, datado el 10 de agosto de 1902, como si en este momento estuviera ya perdido. Sin embargo, la aplicación SIGPAC deslinda este camino en la actualidad, seguramente en la necesidad de dar acceso a las parcelas que configuran este espacio.

La intensa actividad agropecua-

te de Valdestremero II en su extremo suroeste. A este primer cercado le sucede otro en todo el flanco oriental con un mínimo de tres portillos abiertos hacia la falda de la elevación en la que todavía se suceden otra serie de muretes, estos ya de contención de bancales. Centraremos nuestra atención en los dos primeros que creemos propiamente cercados.

La primera cerca circunda prácticamente toda la extensión amesetada del cerro; para su descripción la hemos descompuesto en varios tramos designados con letras minúsculas correlativas. En cualquier caso, es el flanco suro-



Chozo nº 10 de Pico Redondo y detalle del paramento interior de factura muy similar al recinto cuadrangular próximo.



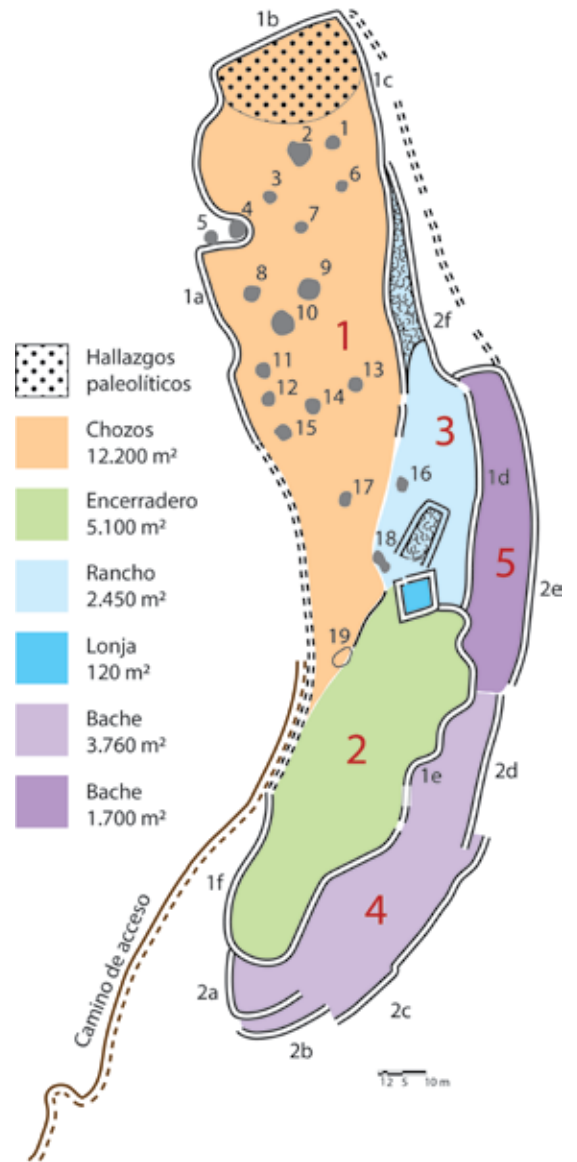
ria tradicional desarrollada en el cerro, previa a la mecanización de las tareas del campo, se expresa en los numerosos bancales, protegidos por muretes de contención de piedra caliza, que se extienden por las vertientes orientales del cerro, protegidas de los vientos dominantes del noroeste, en cuyas tierras ahora baldías, en parte replantadas de pinos o viñedos, se pueden recoger numerosos restos de las alcañerías donde se transportarían la comida y la bebida de los campesinos, incluidas las características producciones de vidrio amarillo de los talleres de Peñafiel (García Benito, 2004).

La superficie más elevada de la meseta muestra un cercado casi continuo, con entrada del camino proceden-

cidental, por donde el camino alcanza la corona del cerro, el que mayor indefinición muestra y aparentemente pudiera no haber contado con cerca de piedra en unos 145 m; en este sector existen varios amontonamientos de piedras, tal vez simples majanos ya que el lugar fue cultivado durante algún tiempo. En este borde occidental, progresando hacia el norte, donde comienza en la actualidad la masa boscosa de repoblación, encontramos ya un primer tramo de cerca (1a) muy baja y con un trazado un tanto sinuoso, de unos 158 m, que, en un punto determinado, como para salvar algún árbol u otro impedimento, se incurva de manera llamativa hacia el interior para luego recuperar el perfil de la meseta y alcanzar el morro norte recto.



Vista aérea de Pico Redondo (vuelo americano de 1956-57) y croquis de las estructuras y áreas definidas.



Hemos de pensar que el frente norte del cerro, de unos cincuenta metros, contaría con cierre rectilíneo (1b), por las piedras que aparecen actualmente caídas en la ladera norte y por la propia imagen que la fotografía del vuelo americano de 1956-57 parece transmitirnos. La continuidad de la cerca en el flanco oriental del cerro nos permite dividirla en tres tramos, desde el ángulo norte hacia el sur como sigue: uno primero rectilíneo (1c), de unos 140 m de longitud, hasta un punto de inflexión en que daríamos comienzo al segundo (1d), de otros 95 m, que hacemos morir en el muro perpendicular que conecta la estructura cuadrangular interior con esta cerca; a partir de aquí el trazado (1e) se hace sinuoso hasta alcanzar el extremo sur, con un desarrollo de otros 167 m. Tras conformar un morro en esta zona meridional, el muro vuelve hacia el norte hasta entregarse al camino de acceso a la corona, lo que representa otros 77 m (1f).

De este primer recinto es necesario destacar la diferente factura de 1a, 1b y 1c, con una cerca baja que no supera en ningún caso los sesenta cm de altura (¿tal vez complementada en su día por una cerca de madera en la parte superior?) y de muy mala factura que, como consecuencia, se encuentra en la actualidad arrumbada ya en gran medida; si bien es cierto que en 1b existe una gran cantidad de piedras deslizadas en el inicio del escarpe con potencial suficiente, de estar en pie, para dar entidad a estos muros. Por el contrario, los tramos 1d, 1e y 1f constituyen cercas de espesores de más de metro y medio y con alturas superiores a 1-1,5 m. Suma esta primera cerca unos 700 m lineales, que, junto con los 145 m de la entrada carentes de muros, hacen un perímetro total de la meseta de unos 830 m.

Un detenido análisis nos lleva a distinguir diversos espacios dentro de la parte culminante o corona de Pico

Redondo, tal y como hemos bosquejado en el gráfico correspondiente.

De esta forma el primer recinto quedaría dividido en tres zonas: la más septentrional o área 1 (de unos 12.200 m<sup>2</sup>) donde se concentran 18 amontonamientos de piedras, de los cuales dos son chozos de pastor sin duda, incluso uno de ellos todavía con la techumbre en pie. Creemos que la mayoría, si no todos, tendrían esa naturaleza, pero independientemente de que lo fueran o no, parecen seguir un alineamiento oblicuo de orientación noreste-suroeste, en seis sucesivos niveles de norte a sur. Su planta circular o ligeramente ovalada, ofrece unas medidas de diámetro que oscilan entre los cinco y los siete metros, mientras que su altura se establece entre el metro y metro cuarenta, muy frecuentemente presentan una o varias depresiones centrales, que en ocasiones han dado pie al nacimiento de algún almendro.



Atención especial merece el número 10 por conservar todavía su techumbre en pie; se trata de un chozo de pastor de planta cuadrangular (1,33 m en el eje norte/sur por 1,65 m en el eje este/oeste, es decir, unos 2,2 m<sup>2</sup>) dotado de pasillo de acceso (abierto al este) continuación de la pared sur (de 1,80 m de longitud y 83 cm de anchura), con altura en el centro interior de 2,20 m; a su alrededor los montones de piedras que le rodean parece que conformaron un mínimo de otros cuatro chozos ya arruinados; interesante comprobar desde su interior la luz que se ve entre las uniones de las piedras, sin ningún tipo de cierre interno con argamasa o barro como ocurre en otras construcciones de esta naturaleza para protegerse del frío y del viento. El amontonamiento número 9 parece responder a este mismo modelo que acabamos de describir, pero se encuentra ya en ruina.

El amontonamiento 7, uno de los más pequeños con 4 m de diámetro exterior y 1,30 m de altura, resulta también destacable por conservar un agujero central que permite ver una cavidad de unos 80 cm de altura, sin que existiera aparentemente entrada alguna, lo que tal vez permita explicarlo funcionalmente como despensa, pues sabemos que este proceder era habitual entre los pastores (Escribano *et al.*, 2008: 129).

Sin descartar la posibilidad de que algunos fueran majanos o amontonamientos de piedras resultantes de una actividad agrícola, también es importante señalar que, a excepción de un par de ellos con piedras peque-



Entrada de la estructura cuadrangular situada en el área 3 de Pico Redondo.

ñas, la mayoría de estas montoneras están constituidas por piedras de tamaño mediano, es decir, adecuadas para su apilamiento o uso constructivo en seco; además, la proximidad existente entre ellos (entre 7 y 14 m) resulta incongruente con su identificación como majano, ya que un aprovechamiento agrícola habría optado por una mayor concentración de las piedras o incluso con su disposición en los bordes para dejar diáfana la tierra de cultivo. Creemos estar por tanto ante una concentración inusual de chozos y algunas despensas en relación con la actividad pastoril.

El área 1 del primer recinto conecta por el suroeste con el área 2 que

es donde muere el camino de acceso a Pico Redondo. Todo este espacio (5.100 m<sup>2</sup> de superficie) se encuentra diáfano en la actualidad y bien delimitado hacia el este por un sinuoso tramo de cerca (1e); su extremo septentrional se define por un amontonamiento de piedras del que arranca una banda de piedras de disposición oblicua que conecta con el muro sur de una estructura cuadrangular casi cuadrada, de cuya esquina se proyecta un pequeño muro hasta la cerca. Pudiera tratarse del contrabache (espacio anterior al bache) donde esperan las ovejas antes de ser esquiladas.

Finalmente, el área 3 es el espacio restante dentro de esta primera cerca, que ocupa una posición centro-oriental. Su superficie, de unos 2.500 m<sup>2</sup>, queda configurada en el oeste por una banda de piedras discontinua con un amontonamiento intermedio; en el sur por una especie de patio trapezoidal, antecala de la estructura cuadrangular casi cuadrada, y murete; y en el oeste por el lienzo de la cerca primera. Es sin duda, la edificación cuadrangular lo que más llama la atención de esta zona, ya que no responde al modelo de un corral al uso (por más que en tiempos recientes pudiera haber cumplido esa función según delata lo orgánico de su sedimento interior). Sus muros tienen una altura conservada de 1,80 m y espesores que varían entre los 230 cm (oeste), 220 (este) y 170 (norte); el muro sur ha sido desmantelado parcialmente en su parte externa. La factura de esta construcción

Muro norte de la estructura cuadrangular situada en el área 3 de Pico Redondo.



es verdaderamente cuidada, con el empleo de grandes lanchas de piedra caliza que ofrecen una notable horizontalidad al conjunto de la construcción. En la esquina noroccidental se sitúa la entrada de una anchura de 220 cm, es decir, mucho más amplia a las observadas en los corrales o chozos de la zona. Los muros tienen longitudes externas de unos 15 ó 16 m, delimitando un espacio interior de 11,9 m (eje norte-sur) por 11,3 m (este-oeste), lo que representa una superficie interior de unos 120-130 m<sup>2</sup>.

La segunda cerca está constituida por el muro oriental de la primera (tramos 1d y 1e) y su réplica hacia el este, abarcando una alargada lengua de terreno, algo más ancha en la parte meridional y más estrecha y homogénea hacia el norte. Tiene una longitud total de unos 340 m y una extensión de unos 5.500 m<sup>2</sup>. La superficie muestra cierta horizontalidad en la parte más alta, pero a partir de un determinado espacio el terreno se inclina con pronunciada caída hasta entregarse al muro externo de la cerca. Tal circunstancia, unido a que este lienzo esté recrecido por encima del nivel superficial, indica que no se trata de estructura de contención de un bancale que nunca llegó a practicarse, sino propiamente, creemos, de un encerradero para ganado.

Cabe distinguir o compartimentar este alargado espacio en dos áreas, con separación en la zona media más estrangulada. De esta forma el área 4 (3.760 m<sup>2</sup>) de la corona de Pico Redondo sería la más meridional de la cerca 2 y aparentemente la entrada principal para el ganado por cuanto muestra hasta tres portillos interrumpiendo el trazado murario. Por su parte, el área 5 septentrional (1.700 m<sup>2</sup>) incluye hacia el exterior, precisamente en ese cuello de botella, una entrada en rampa.

Las conexiones de las áreas 4 y 5 con la parte superior de Pico Redondo parece que se harían en el extremo superior de la 5 con la 3, donde se observa además un posible chozo de pastor. No obstante, no puede ser totalmente descartado que el recinto 2 y 4 conectaran por el portillo existente en el sólido lienzo 1e, que parece de factura más reciente.

### Algo más que majadas y chozos pastoriles

Una vez descritas las estructuras tan peculiares como sorprendentes de Pico Redondo, se hace necesario ensayar su interpretación. Seamos concisos: creemos haber identificado un esquilero periurbano, situado a unos cuatro kilómetros de Peñafiel, a dos de los vestigios de Santa María o a poco más de uno del despoblado medieval del Carrascal a sus pies.

De esta forma, cabe interpretar el área 1 como zona de residencia ocasional, de chozos y despensas, donde se alojaría en el momento del esquilado la cuadrilla de esquiladores necesaria para desarrollar esa tarea. Recordemos que entre los ganados trashumantes «la partida de las dehesas del sur comenzaba a mediados de abril, y unas veces se esquilaban los rebaños en la mitad del camino, al rebasar la divisoria del Duero, o al llegar a los agostaderos» (Klein, 1981: 44-45) y tengamos igualmente presente que por el Llano de San Pedro atravesaba la cañada Bermeja o Merinera soriana. Una densidad tan alta de «chozos» de piedra en seco se explicaría, si como señala Klein, «los esquiladores trabajaban en cuadrillas de ciento veinticinco hombres, pudiendo cada una despachar al día un rebaño de mil cabezas». Si admitimos que algunos de estos habitáculos pudieron albergar hasta cuatro cubículos, es posible que pudieran haberse concentrado aquí varias decenas de



Cerca oriental (cara exterior) del área 4 o bache; las piedras de color más claro se corresponden con un pequeño refugio.

Cerca oriental (cara interior) del área 4 o bache. El Torruelo al fondo.





Muro de separación entre las áreas 2 y 4 de Pico Redondo.



Abertura en el muro de separación entre las áreas 2 y 4 de Pico Redondo.

esquiladores. La naturaleza de estas construcciones fuera de los parámetros de los chozos más estables (como por ejemplo el de Don Diego), poco cuidada y no protegida del viento por los numerosos huecos no tapados existentes entre sus hiladas, encajaría con un uso en los meses de mayo-junio, en los que el clima resulta menos adverso.

Existe otro dato interesante en relación a los corrales del Llano de San Pedro. De la medición de todos ellos obtenemos una superficie de 12.742 m<sup>2</sup>, de los que 8.663 m<sup>2</sup>, es decir, el 68%, corresponden a los cuatro corrales de mayor tamaño situados formando arco alrededor de Pico Redondo (San Pedro I y II, Valdestremero I a III y La Calvacha III). Tal circunstancia creemos que no es casual y que podría estar en conexión con la funcionalidad propuesta para Pico Redondo. Cabe preguntarse ahora por la capacidad de “carga” de estos cobertizos. Recordemos que buena parte de ellos están divididos a la mitad para separar las ovejas adultas de las ovejas con cría y que los espacios necesarios varían de 1 m<sup>2</sup> a 1,3 m<sup>2</sup> por res, respectivamente. Si aplicamos tan solo esta última ratio, esos 12.742 metros de corrales tendrían capacidad para albergar unas 10.000 cabezas.

Conocemos bien los esquileos y lavaderos del siglo XVIII con una extraordinaria concentración de ellos en el sur de la provincia segoviana (García Sanz, 2001), pero es evidente que la racionalidad y magnitud de estos edificios —con dependencias específicas para cada una de las fases del proceso, acordes al volumen de muchos millares de cabezas por esquilar y con una lana además destinada a la exporta-

ción—, no cabe encontrarla en Pico Redondo que, aún a falta de datos precisos que lo corroboren, creemos se correspondería con un momento todavía inicial, medieval o del inicio de la modernidad, de la trashumancia.

No obstante, aunque el volumen de cabezas no fuera tan importante todavía, ni existiera la conveniencia del inmediato lavado, las necesidades básicas de un esquila seguirían siendo en esencia las mismas. Es decir, debemos definir los *ranchos* o lugares donde se esquilaba, el *bache* o un recinto estrecho donde previamente «se encerraba al ganado desde el amanecer, bien apretado, para que al resudar se ablandara la lana, facilitando su corte y aumentando su peso, sobre todo cuando se vendía en bruto, sin lavar, con su grasa y suciedad» (Klein, 1981: 44-45) y la *lonja* o lugar donde se almacenaban prietos los preciados vellones.

Y creemos que estamos en condiciones de hacerlo. En primer lugar, la orientación adecuada para el establecimiento de los *baches* es, tal y como ocurre con nuestras áreas 4 y 5, el este, una zona protegida y más caliente, donde los animales puedan estar abrigados de manera natural; además se requiere que sea una zona estrecha para que las ovejas «sudaran y con ello se reblandeciera el *churre* (materia grasa que recubre las fibras) y se ahuecara la lana a fin de facilitar la entrada de la tijera. Según se iban sacando a la pieza del rancho estas reses sudorosas para ser esquiladas, se iban introduciendo en el bache otras nuevas para mantener el calor en esta estancia» (García Sanz, 2001: 35-36). Es decir que del área 4 pasarían al área 5 y de

este al 3 que haría las veces de *rancho*; una vez esquiladas (se calcula que cada esquilador podría esquilar entre 15 y 20 reses por día), el área 2 podría ser la zona donde trasladar y acumular a los animales en tanto se concluía con el esquila de un rebaño concreto. Si se interpretara la apertura del muro 1e como antigua y de conexión de las áreas 2 y 3, tal vez en el área 2 se dispusieran los rebaños a la espera de pasar al *bache*.

La recogida y almacenamiento de la lana requería de una serie de acciones y espacios propios. Los *recibidores* (uno por cada 15 esquiladores) recogían el vellón recién esquilado, separaban las *caídas* (lanas de la partes bajas y de la patas de la res) y hacían un nudo con el resto; los *velloneros* transportaban los vellones a las lonjas, los *apiladores* los colocaban con orden y muy apretados y las *escoberas* o *vedijeras* recogían las *caídas* y las *vedijas* (fleclos de lana desprendidas del vellón) (García Sanz, 2001: 38).

Las acciones descritas creemos que se realizarían en el extremo sur del área 3, donde se sitúa, precedida de una estructura trapezoidal alargada sin apenas alzada, una construcción cuadrada, una especie de cofre o caja fuerte por la magnitud de sus paredes, que creemos que podría ser interpretada como la *lonja* o lugar donde se almacenarían los vellones.

Lamentablemente no tenemos la posibilidad por el momento de determinar la cronología de estas llamativas construcciones de Pico Redondo que interpretamos, no sin cierta cautela, como esquila. Los elementos de cultura material mueble que hemos podido recoger en superficie se reducen a

una serie de cerámicas torneadas que incluyen diversos tipos de producciones esmaltadas: sobre todo en amarillo o rojo-amarillo-verde correspondientes a los alfares tradicionales de Peñafiel; existen, sin embargo, otros fragmentos, en particular uno de ellos, con la impronta de una asita perdida, que recuerdan a las producciones de los alfares de Duque de la Victoria de Valladolid (Villanueva, 2011: 98), y que podrían sugerir por tanto, una ocupación ya al menos en los siglos XIII al XV. Todos ellos se adornan, por su carácter superficial, de numerosos líquenes que dificultan aún más su identificación. No obstante, a la espera de datos más firmes que podrían alcanzarse mediante trabajos de excavación arqueológica, la prudencia debe imponerse. La excepcionalidad de estas estructuras bien merece su preservación y al mismo tiempo el progreso en su conocimiento.

## Consideraciones finales

Hemos querido acercarnos a un emplazamiento cuyas huellas humanas nos muestran un escenario de dispares y casi antagónicas prácticas de supervivencia que, pese a ofrecer contrastes evidentes, también posee algunas concomitancias en el modelo de ocupación. Entre estas últimas, cazadores-recolectores del Paleolítico y pastores modernos habrían alcanzado estos peculiares biotopos de altura en una dinámica de pulsiones o de movimientos cíclicos —ya fueran diarios o estacionales— partiendo desde el valle con el fin de aprovechar los recursos propios de dicho espacio.

La circunstancia de que los yacimientos paleolíticos se localicen, aquí y en otros asentamientos próximos, en el borde del páramo, con la visibilidad y control que su posición ofrece, creemos que expresa un interés por los recursos del valle sin excluir tampoco los del interior del páramo.

Aunque por otros motivos bien distintos, el tipo de construcciones localizadas en el espacio del páramo desde época medieval, con chozos para pasar un determinado número de noches dentro de un recorrido de pastos, o para, llegado el momento, esquilar o dirimir otra serie de cuestiones, nos remite igualmente a una ocupación no permanente, propiamente trasterminante o, incluso en ciertos momentos

## Esquileo de los ganados trashumantes.

*Esta operación dura en Segovia, cuando mas, todo el mes de Mayo, á no ser en los estantes, esto es, los que no trashuman: en Soria llega hasta San Juan, y en Cuenca todo el mes de Mayo y alguna parte de Junio. Con anticipacion acuerdan los amos, Mayorales y factores el dia de la entrada, pues á no ser así habria un desórden general: tomada esta disposicion cada uno hace su composicion de lugar; los amos para venir al sitio del esquileo, y los Mayorales para la salida de los rebaños, avisando al capitán de tijeras para que tenga pronta la cuadrilla y demas operarios. Los factores hacen prevención de trigo, vino y demas adherentes; alistan recibidores, velloneros y apiladores; garabatean la pieza de la tijera para que solo queden los codones y las baldosas, y que la lana esté con aseo; mandan limpiar los encerraderos, recorrer los techos, y en fin, todo aquello que esté á su cuidado. Preparado todo, y reunidos los rebaños, se anticipa la órden del Mayoral al que ha de encerrarse primero: hecha esta operacion, los Pastores descansan un rato, y después separan la cría, cuidando que no se junte, como igualmente de que no se espante el rebaño al cerrarlo, y de que cargado en bajo no haya la desgracia de que alguna res se ahogue; al amanecer se embacha, los demas operarios se preparan, y se ligan los corderos.*

*Inmediatamente que estan los corderos ligados entran los esquiladores, y con ellos el factor y los recibidores (...)*

*Con justa causa llaman dias de júbilo los de esquileo, porque todo ganadero coje en ellos el sudor de un año entero, y debe elegir operarios instruidos para que le aprovechen bien la lana: si el lugar de estos admitiese algunos que lo mas hermoso del fruto lo dejasen caer en tierra para que pisado se redujese á borra, y fuese al recuento, despojo el mas despreciable, seria contra sus verdaderos intereses: esto y mas sucede en los esquileos cuando los operarios no son inteligentes. (...) El ganadero grande ó chico debe buscar el capitán de tijeras y el número de operarios de esta clase que necesite, convenir con ellos en que han de trabajar desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde, y con esta condicion les señala el jornal, previniéndoles que ni ellos han de faltar á su trabajo, ni él á su palabra (...).*

Manuel del Río, *Vida Pastoril*, Madrid, 1828: pp. 156-160.



Dioscorides, *De materia medica*, anotado por el doctor Andrés Laguna (1733).

trashumantes, dentro del recorrido de la cañada Real Soriana.

En los últimos cuarenta años las zonas de pasto y monte del páramo, tradicionalmente dedicadas al pastoreo, han dado paso a nuevos sistemas de explotación agrícola en los que potentes máquinas desmolidoras ponen en cultivo espacios antaño no rentables y desmontan no pocas de estas estructuras pastoriles. Algunas acciones destructivas de las paredes de estos corrales han sido documentadas durante 2017 o 2018 para extraer las fertilizadas tierras de su interior.

El desaparecido Ángel García Sanz a principios de este siglo abría su obra de divulgación *Antiguos esquilos y lavaderos de lana en Segovia*, de la siguiente manera «¿Cuántas catedrales, iglesias, solitarias ermitas se han restaurado en los últimos años en Castilla y León? Cientos, sin duda. Pero ni un esquileo, y los testimonios de la “vida material” no son menos dignos de salvación que los vestigios de la “vida espiritual”. Solo la ignorancia y la desidia de quienes tienen el deber y los medios para proteger el patrimonio permiten comprender esta vergonzosa situación”. Y la cerraba señalando que “En el loable afán restaurador del patrimonio histórico-artístico se echa de menos en la región castellano-leonesa un interés mayor por proteger de la ruina y restaurar los vestigios de la actividad material de nuestros antepasados. Estos iban a rezar a las catedrales, a las iglesias parroquiales, a las ermitas y santuarios, pero además se ganaban la vida trabajando la tierra, esquilando ovejas, lavando lanas, tejiendo paños, conduciendo rebaños a Extremadura, etc. Parece evidente que la política tocante al Patrimonio sufre en nuestra comunidad castellano leonesa un grave sesgo» (García Sanz, 2001: 8 y 109).

En suma, este primer acercamiento al conocimiento de las estructuras pecuarias tradicionales de Peñafiel debe encontrar su correspondencia en un plan de protección de las mismas en el propio PGOU de Peñafiel que, aunque contempla algunas partes (las cañadas), parece ignorar estos otros vestigios de la “vida material” de nuestros antepasados. Las preguntas pendientes podrán resolverse solo si se garantiza de manera adecuada la conservación de las fuentes documentales que en este caso afectan a una

forma de vida tradicional vinculada al páramo y a sus bosques y pastos, con varios milenios de vigencia y con una especial significación desde el siglo XIII con la formalización del Honrado Concejo de la Mesta. Un buen ejemplo de valorización de este patrimonio se encuentra en Cogeces del Monte o Quintanilla de Arriba. Si queremos potenciar el sector turístico de la comarca como un elemento de vertebración social y económica no queda otra que dejar de ignorar los bienes patrimoniales que son herencia y testimonio material de quienes nos precedieron y expresan la idiosincrasia de estas tierras. El respeto a estos bienes tangibles e intangibles puede y debe ser compatibilizado con el progreso y las nuevas formas de producción de un mundo globalizado.

## Bibliografía

- ALMAGRO GORBEA, A. y LORRIO ALVARADO, A.J. (2011): *Teutates, el héroe fundador y el culto heroico al antepasado en Hispania y en la Keltiké*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 36. Madrid, Real Academia de la Historia.
- CID CEBRIÁN, J.M. (2013): *Tamboril por gaita. La figura del tamborilero salmantino*, Diputación de Salamanca, Salamanca.
- DÍEZ MARTÍN, F. (1996): “Aproximación al fenómeno paleolítico en el páramo del sureste vallisoletano”, *Zephyrus*, 49: pp. 75-107.
- (2000): *El poblamiento paleolítico en los páramos del Duero*, Studia Archaeologica, 90, Valladolid.
- ESCRIBANO VELASCO, C., CRUZ SÁNCHEZ, P.J., GÓMEZ PÉREZ, A. y LOSA HERNÁNDEZ, R. (2008): *Pastores de la comarca de La Churrería. Construcciones, formas de vida y artesanía en Cogeces del Monte (Valladolid)*, Junta de Castilla y León, Valladolid.
- GARCÍA BENITO, A. (2004): *Cerámica tradicional de Peñafiel*, Diputación de Valladolid, Valladolid.
- GARCÍA SANZ, A. (2001): *Antiguos esquilos y lavaderos de lana en Segovia*, Diputación de Segovia, Segovia.
- JUAN I TRESSERRAS, J. y MATAMALA, J.C. (2003): “Apéndice I. Análisis de adobe, pigmentos, contenidos de recipientes, instrumental textil, material lítico de molienda y cálculo dental humano procedentes del yacimiento de Pintia”, en C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (eds.), *Pintia, un oppidum en los confines orientales de la región vaccea*, Valladolid, pp. 311-322.
- KLEIN, J. (1981): *La Mesta. Estudio de la historia económica española, 1273-1836*, Madrid, 1981.
- LÓPEZ SÁEZ y RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. (2006-2007): “Interpretación del análisis paleopalínológico del yacimiento protocogotas de El Castillo (Rábano, Valladolid, España)”, *BSAA Arqueología*, 72-73, pp. 67-91.
- MARTÍN FANDIÑO, L. (2002a): “Historia de los chozos de ovino”, *La Voz de Peñafiel*, 15, pp. 4 y 5.
- (2002b): “Los chozos II”, *La Voz de Peñafiel*, 16, p. 5.
- MARTÍN MONTES, M.A. y PÉREZ RODRÍGUEZ, F. (1997): “Un nuevo asentamiento neolítico al aire libre en la Meseta Norte: La Cañadilla de Torre de Peñafiel (Valladolid)”, *BSAA*, 63, pp. 31-48.
- MARTÍNEZ TOMÉ, A. y VALIENTE CÁNOVAS, S. (2001): *Cabañas y corrales de pastor en El Cerrato y en el entorno de la Cañada Real Burgalesa*. Castilla Ediciones. Valladolid.
- RIO, M. DEL (1828): *Vida Pastoril*, Madrid. Edición Facsímil, Editorial Maxtor.
- SANZ MÍNGUEZ, C., CARRASCAL ARRANZ, J.M. y RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, E. (2017): “Producciones vacceas. Cerámica. Objetos singulares. I. Cajitas vacceas”, *Vaccea Anuario 2016*, 10, Valladolid, pp. 22-32.
- SANZ MÍNGUEZ, C., ROMERO CARNICERO, F. y GÓRRIZ GAÑÁN, C. (2010): “El vino en Pintia. Nuevos datos y lecturas”, en F. Burillo Mozota (ed.), *Ritos y mitos*, VI Simposio sobre Celtíberos, Daroca, 2008, Zaragoza, pp. 595-612.
- SANZ RUBIALES, F. (1996): *Cañadas reales de Valladolid. Una aproximación a las rutas de la Mesta*, Diputación de Valladolid, Valladolid.
- VILLALOBOS GARCÍA, R. y RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. (2018): “El Pico de la Mora (Peñafiel, Valladolid). Un nuevo asentamiento amurallado del Calcolítico inicial normetseteño”, *Trabajos de Prehistoria*, 75 (1), pp. 155-162.
- VILLANUEVA ZUBIZARRETA, O. (2011): “La olleería y alcajería en la cuenca del Duero a lo largo de la Edad Media y Moderna”, en J. Coll Conesa (coord.), *Manual de cerámica medieval y moderna*, Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares.

Expresamos nuestro agradecimiento a Thierry Aubry y a Luis Luis, investigadores del Museu del Côa, por sus orientaciones en relación a las industrias paleolíticas de Pico Redondo, si bien los posibles errores que hayamos podido cometer solo pueden ser achacados a nosotros mismos y a nuestra falta de especialización en el tema. También agradecemos las indicaciones recibidas en relación a los usos de chozos y majadas del Llano de San Pedro que nos ha ofrecido Eduardo Samaniego, pastor que frecuentara estos parajes hasta su jubilación.

Carlos Sanz Mínguez  
Juan José Moral Daza